

continuamente buscando á nuestro cuerpo todas las comodidades posibles, nos afanamos, y trabajamos para libertarlo de dolores, y enfermedades, que padece algunas veces; pero no queremos dar un paso para procurar la paz de nuestro corazón, sosegar nuestro ánimo, y apartar de él las alteraciones violentas, que le inquietan, y perturban. ¿Remediamos acaso nuestros males con tanto enojarnos, y dolernos continuamente? Entre tanto perdemos la paz, y quietud interior, que es un bien inestimable, y la perdemos sin provecho alguno; y en vez de minorar nuestros males, los aumentamos notablemente. ¿Por ventura, no es un mal muy triste, y penoso el sentirse interiormente atormentado, despedazado, é inquieto? Aun nos queda que añadir otra cosa; porque la *igualdad*, y *serenidad de ánimo*, es una receta específica, y poderosa para hacer mas durable nuestra vida sobre la tierra: ella es la que nos hace imperturbables, y como insensibles para todas las desgracias, y adversidades; con ella dexamos que corran los desórdenes del mundo, quando no los podemos remediar, con tal que cumplámos nosotros con nuestra obligacion, descansando por lo que pertenece á lo demas, en la Providencia, y voluntad de Dios; siendo, pues, dos deseos del hombre, pero muy intensos, y eficaces, el vivir en paz, y el vivir mucho tiempo, y dependiendo en gran parte esta dicha del uso de esta receta, será un necio el que la ignora, y un loco el que no la usa.

## CAPITULO XXXVI.

*Del buen régimen del apetito de la libertad,  
y del mandar.*

## S. I.

DOS especies de libertad pueden ser el objeto de los deseos humanos: la una el desear estar libres, y  
sin

sin impedimento alguno para hacer, ó dexar de hacer todo quanto queremos, ó no quieremos: la otra de no estar sujetos á otro hombre, que sea como nuestro superior, ó amo. Estos dos deseos necesitan un fuerte freno, porque de otra manera estaria siempre preparado al hombre el precipicio, y la República estaria muy desconcertada, y expuesta á su ruina. Este freno nos lo ha puesta ya la Divina Providencia con sus leyes santísimas, por lo que mira á no deber obrar sino bien, y con arreglo á la virtud. Otro freno son para los hombres las leyes humanas, por lo que mira á la quietud, y buen gobierno civil. Pero sucede muchas veces, que nuestra loca soberbia tasca, y muerde este freno con furor, y rabia al verse privada, ó impedida por leyes divinas, y humanas de poder hacer lo que ella quisiera. Queja irracional es esta sin duda; porque ni las leyes humanas, ni las divinas nos quitan la libertad, y solo la ponen alguna limitacion. Por lo que mira á la Santa Ley de Dios, aunque nos dexa siempre sin impedimento la libertad del albedrío, con todo nos prohibe el usar de ella para hacer mal á otros, ó á nosotros mismos, y desea que únicamente la exercitemos haciendo bien á todos, proponiendo á este fin premios, y castigos, aquellos para los obedientes humildes, estos para los desobedientes pertinaces. Por tanto; ¿á que fin nos quejamos tan agriamente, porque mediante la Ley Santa de Dios nos hallamos impedidos con la ya mencionada limitacion para no hacer aquello que es malo por su naturaleza, y que si lo pusiésemos por obra causaria daño á nosotros, y á la República? Hay ademas de esto las leyes humanas, que por muchos capitulos refrenan, y cortan los vuelos á nuestros deseos desordenados; y esto es tambien muy necesario á la misma República, cuya tranquilidad, y feliz quietud se hallaria turbada á cada paso, quando se dexase suelta la rienda á la voluntad, y capricho de los Ciudadanos. Mas debe importar el bien público, que el privado. ¿Y por ventura no somos todos una parte,



te, aunque cada uno por sí pequeña, de esta República, á cuyo buen gobierno debemos conspirar, unos obediendo, y otros mandando? Extraña, injusta, y aun ridícula pretension seria la nuestra, si intentásemos que las leyes obligasen, y se promulgasen para los otros, sin que comprendiesen también á nosotros mismos: que se nos permitiese por exemplo el usurpar los bienes ajenos, el violar, y manchar el lecho de nuestros conciudadanos, el dañar á nuestros próximos en el cuerpo, en la honra, en la hacienda: el no pagar á los acreedores, el hacer contratos injustos, y otras acciones semejantes, segun nos pareciese, y que todo el resto de los hombres fuese privado de un privilegio como este; ó acaso si á todo fuese lícito el hacer todo aquello que para nosotros queremos que lo sea, podria resultar muy presto tal confusion, y desórden, que nos viésemos obligados á suplicar á Dios, y á los Legisladores, que nos diesen leyes, ó hiciesen guardar las que teníamos ántes. Es cosa, pues, muy puesta en razon, que ni exercitemos, ni deseemos exercitar la libertad de nuestro arbitrio, ó libre albedrio contra las Leyes Santas del Cielo, ni contra las de los Príncipes, ó Repúblicas, que son justas por lo comun, y puestas con acuerdo de la equidad, y razon. Ninguno embaraza, ó impide nuestra libertad para obrar bien, y esta es aquella de que debemos hacer alarde, y la que debemos usar, como la mas á propósito para hacernos felices verdaderamente, y la que puede influir al mismo tiempo en la felicidad del público; porque á la verdad, ¿quien reputará por un singular privilegio el poder comer, y beber hasta llenarse, y luego, ó reventar, ó no poder moverse? ¿Quien el de estar enfermo de mas cuidado, y mas veces que los demas hombres? ¿Quien el de acreditarse de bestia inmundada en una luxuria desenfrenada? ¿Quien finalmente se gloriará de ser privilegiado, porque con sus injustas, é injuriosas acciones se gana una numerosa multitud de enemigos de todos estados, y clases, y consiguientemente

te ha de vivir en este mundo abandonado, y aborrecido, y aun el mas infeliz que todos? Por evitar estos, ó semejantes desórdenes de una libertad mal entendida, se establecen leyes, que limitan nuestro albedrio, y si acaso hay entre ellas algunas que nos parecen duras, ó quizá injustas, y que por serlo vulneran algun tanto nuestra libertad, entonces el hombre sabio con paciencia, y flemma se sujeta á ellas, y las sufre con aquella misma resignacion con que aguanta, y sufre otros muchos males, que son inevitables en el mundo en que vive. Por lo demas todo hombre juicioso, y de buena intencion ama, venera, y cumple todas las leyes del Cielo, y tambien aquellas que promulgan los Príncipes Soberanos, y demas superiores, que para esto tienen legítimas facultades, en atencion á que todas ellas (de las del Cielo no hay duda) se dirigen á promover, y mantener aquel buen órden, que debemos guardar para con Dios nuestro Criador, para con nosotros mismos, y para con nuestros conciudadanos. A los que son buenos no ponen miedo los Alguaciles, y Ministros, ni para ellos se han dispuesto las leyes que intiman penas, y castigos. Solamente los malos, y perversos hombres miran de mal ojo á estas leyes, porque son contrarias á sus desarregladas pasiones. Ahora bien, ¿en qual de estos dos bandos nos conviene tomar partido, y hacer nuestra figura mientras vivamos en la tierra?

## §. II.

**T**odo lo que se ha dicho hasta aquí debe extenderse, y entenderse de la sujecion, y obediencia que deben tener los súbditos á sus Príncipes Soberanos en la Monarquía, y á sus Magistrados en las Repúblicas. Esta respectiva subordinacion la instituyó la necesidad para el bien, así del comun, como del particular, siendo imposible que sin alguno que sea cabeza, ó Gobernador, en quien resida la potestad, y derecho de mandar, pueda subsistir un Pueblo, ó una República, sin



una infinidad de discordias, y desgracias. Por tanto el sabio no se queja de verse sujeto á que otro le mande, ó sea Magistrado, ó sea Príncipe, como ni tampoco de que no le toque el mandar por algun tiempo; solamente procura de obedecer sin repugnancia alguna, acomodando el deseo de su libertad propia con el sistema necesario de la República. Otra especie de sumision deben tener los hijos á sus padres, y á los que hacen sus veces, como son los Maestros, los Tutores, y Directores. Esta sumision, y bien debida obediencia, proviene de la misma naturaleza en todo sabia; y es digno de observarse, que esta superioridad, este mando cede todo en provecho de los mismos hijos. No advierten estos lo que son en aquellos primeros años; y á la verdad que son otras tantas bestiecillas pequeñas, y aun peores que estas todavía; porque las bestias no se exponen á tantos peligros, ni se hacen daño unas á otras; pero los chicos, dexados á sus anchuras, y libertad, son capaces de hacerse notables daños mutuamente á su salud, á su vida, y á la hacienda, de entregarse á detestables vicios, y llevar tras de sí á otros. Aquel endeble uso de razon que tienen entonces, sin experiencia la mas leve, no les sirve de otra cosa por lo comun, sino para precipitarse en varias locuras, caprichos, y desórdenes, con que se arruinan, y destruyen á sí mismos, y muchas veces á otros; por lo que necesitan en aquella edad quien los gobierne, y mande como superior, regule sus vanos deseos, y acciones, los contenga, y refrene, y en caso de necesidad los riña, y castigue; porque de otro modo ellos van perdidos. Por esto sin duda la Divina Sabiduría encomienda tan encarecidamente á los jóvenes, que manifiesten amor, y docilidad á la enseñanza, y á la correccion. No entienden muchas veces esta celestial doctrina aquellas tiernas plantas, y menos quando se precian de ingeniosas, quejándose amargamente de tener sobre sí á quien no les dexa toda su libertad, y saciar todos los vanos deseos que les propone su antojo. Párecelos á muchos que la Escuela, el Seminario, el Colegio es un ca-

labozo, ó una triste prision, donde se pierde, y destruye la deseada libertad. Pero con el tiempo llegarán á conocer lo mucho que les aprovechó el no haber podido usar de toda su libertad en una estacion tan critica, y peligrosa, qual es la de la juventud lozana, en que acaso les serviria para obrar mal, aprovechándola entonces para disponerse, y adiestrarse á obrar bien. Mucho, pues, debe apreciarse en los jóvenes, y gran señal de una buena alma es la puntual obediencia á los mayores, el recibir con humildad, y docilidad las correcciones, é instrucciones, y el dexarse gobernar, y guiar de buena gana de aquellos que pueden darles aquel juicio, y asienso, que por lo comun les falta en aquella edad, y que la poca práctica del mundo tampoco puede dárselo. Para navegar bien, es necesario escuchar al Piloto: para vivir bien, al que es mas sabio. Si en todas las mugeres se encontrase aquel juicio sentado, y maduro, que es necesario para gobernarse á sí propias, y al mismo tiempo á una familia, podria acaso concedérseles, aunque limitada, una excepcion que las eximiese de toda sujecion, y obediencia: y cierto que no faltan mugeres tales, que por su juicio, sabiduría, é ingenio, pueden ser maestras de muchos hombres. Con todo, siendo muy conveniente á este sexó la abstraccion, y retiro del gran mundo, y no siendo sus cabezas unas piezas perfectamente trabajadas en el taller de la prudencia; ántes bien, estando sujetas á muchas extravagancias, y varios delirios de su fantasia, está bien dispuesto que así como en los contratos no pueden obrar sin la asistencia de hombres sabios, de la misma manera dependan tambien de la cabeza que las gobierna, y rige para otras muchas acciones. El hombre está próximo á perderse por demasiado libre; pero muchas mas veces suele perderse la muger por tener demasiada libertad. Pero la que es cuerda, y sabe obedecer á su marido, tambien participa del mando. Publio Mimo lo advirtió quando dixo: *Casta, ad virum matrona parendo imperat.*



Obedeciendo la muger prudente,  
manda con su marido juntamente.

## §. III.

**POR** lo que toca al apetito de mandar, que se llama ambicion, ¿quien acabará de referir los desconciertos, y desórdenes que nacen de este monstruo, quando no se cuida de tenerlo siempre sujeto, y sofrenado? Es muy dulce, y sabroso el oficio de mandar á otros, y cada qual lo exercitá con gusto; y lo que debe causar admiracion, que no hay quien juzgue que no lo sabe hacer; y si acaso no se lo permite exercitar su poca suerte, y fortuna, no por eso dexa de censurar al que lo exercita. Tantos Prepotentes, que en algun tiempo despojaban de su libertad aun á sus mismos conciudadanos, se entregaron sin duda á este indómito apetito; y con tal que mandasen, nada les importaba el cargar con el titulo mas abominable; y afrentoso, qual es el de *tirano*. Al contrario se reputa entre los hombres por glorioso el titulo de *Conquistador*, atendiendo á la opinion vulgar; pero el sabio Obispo de Cambray el Señor Fenelon pretendió ántes de ahora, que el Conquistador no es otra cosa por lo comun, que un hombre, el qual movido, y espolcado fuertemente del insaciable apetito de mandar, y señorearse de los demas hombres, pareciéndole corto, y poco el dominio, que, ó por herencia, ó por eleccion tiene sobre los Pueblos, desea devorar, y destruir á todos sus vecinos; y luego que se le presenta la ocasion, se traga al mas flaco, no faltándole pretextos para hacerlo. Despues, si el indispensable empeño de proseguir la guerra destruye los Países extrangeros, costando muchos tesoros, y un gran derramamiento de sangre á sus propios súbditos, esto se reputa por nada, con tal que á sus Estados se añada un palmo de tierra. Causa espanto verdaderamente el observar quan delicada, y zelosa es en algunos esta idea del mandar; porque no pueden

sufrir la menor sombra de oposicion: en otros es tan potente, y furiosa, que por reynar, ó por continuar su mando, y señorio, ó por dilatar los confines de su Reyno, ni atienden á la razon, ni á los vinculos de la sangre, ó amistad, y á veces ni aun á la misma Religion. Por tanto, entre los males que mas furiosamente afligen, y destruyen la tierra, los mas proceden de esta pasion desenfrenada, y perversa. Para las carestias se encuentra remedio: las pestilencias por la misericordia de Dios son rarisimas en algunos Países, donde se toman todas las mas escrupulosas, y oportunas precauciones; pero los malignos efectos del desordenado apetito de mandar á los Pueblos, no hay quien no los haya experimentado. El ímpetu furioso, que acompaña á esta pasion desenfrenada, puede nacer de un vehemente deseo de adquirir fama, y gloria; pero con este deseo va ordinariamente junto aquel otro, esto es, el figurarse que quanto mas se dilate la circunferencia de los Estados, y Reynos, tanto será mayor, y mas completa la felicidad propia del poseedor, y la conservacion de esta misma felicidad. Pero resta saber si los mismos Soberanos, y Señores, que dominan, y especialmente si son Conquistadores, están sujetos á desazones, rabias, y desgracias, y mas si se halla abierto el peligroso teatro de la guerra. Para mí es cosa cierta, que ni el esplendor de su Solio, ni el terror de sus exércitos, ni la guardia de sus soldados los libertará de sobresaltos, y cuidados gravísimos. Donde hay grandes montes, allí hay tambien grandes valles. En substancia, todos los sabios nos aseguran que puede ser mas feliz en su estado privado un hombre de bien, provisto de suficiente fortuna, y de mayor sabiduria, y prudencia, que un Rey en su augusto Trono, quando no lo acompañen, y se sienten allí con él la sabiduria, la moderacion, y la probidad.



## §. IV.

**P**ERO descendiendo ahora á otros Reynos mas abreviados, quales son las familias, así grandes como pequeñas, no es difícil el encontrar en ellas enredos, y cismas, que ocasiona el deseo de mandar unos á otros. De buena gana tomarian este empleo de mandar á sus padres los propios hijos, las nueras á las suegras, y un hermano al otro hermano, &c. Por tanto en aquellas casas donde no quisiera alguno de sus moradores que hubiese orden de superioridad, y quien mandase, y sujetase á los demas, y refrenase el orgullo, y la ambicion de mandar, no faltarán desasosiegos, enconos, riñas, inquietudes, y malas voluntades. Considerad, pues, quantos mártires tiene en el mundo la ambicion, ya que no le faltan muchas perspectivas de honor, y estimacion, consistiendo esta mas principalmente en la codicia de altos empleos, que facilitan el de mandar á otros. Qué aplicacion, qué sudores, qué paciencia no cuesta, y lo que es peor, por qué caminos, y sendas tan torcidas no se anda para llegar á la posesion tan deseada de la superioridad, ó de dominar á los otros. No es necesario que repitamos esto aquí. Podrá suceder tambien que aquellos que habiendo dexado los caminos del siglo, obedecen á Dios, mandando á otros, no reparen en los secretos movimientos, y ocultos atractivos, que hacen el corazon humano este insaciable apetito. Mientras mandan, obligados de la obediencia, todo va bien, y queda firme la virtud. Pero si acaso estos mismos hacen exquisitas, aunque ocultas diligencias para huir la sujecion, y para llegar al dulce, y sabroso privilegio de dar la ley, logrando la superioridad, nieguen, si pueden negar, que son agitados, é impelidos de este apetito feroz. En suma, á qualquiera parte que nos volvámos, hallaremos muchos exemplos de los males que produce en el hombre este innato deseo que tenemos todos, si no de ser superiores,

y mandar, por lo menos de no estar baxo la voluntad, é imperio de los otros.

## §. V.

**P**OR esto el hombre sabio examina con atencion á sí propio para saber si el apetito de la independencia, y superioridad tiene los debidos límites en su corazon. Sabe que los hombres en el nacer somos iguales; pero sabe tambien que no somos iguales todos en la disposicion, y temperamento del cuerpo, como ni en la perspicacia del entendimiento, ni en los bienes de fortuna, ni en los deseos, é ideas, y otros muchos apéndices de la vida humana; y así por institucion divina, y humana es necesario que haya quien mande, y quien obedezca. El orden requiere que los muchos obedezcan á los pocos, y á veces á uno solo; y que aquellos pocos, ó este solo, á quien tocase el regir, y mandar, obedezcan ellos á la Ley Santa de Dios, y al tiempo mismo á las de la razon, y el estado. El sabio, pues, bien sea en el público gobierno, bien en el particular, y privado, está con resignacion, y alegría en aquel sitio donde la Providencia de Dios, los varios accidentes del mundo, ó su propia eleccion lo han colocado: por tanto él, ni busca, ni quiere otra cosa que el buen orden, sabiendo de cierto que no está en su mano el alterarlo, ni mudarlo; como tambien camina en la carrera de su vida con la seguridad de que obedeciendo á su superior, obedece á Dios. Sucederále alguna vez que le tiene el deseo de ser el superior, y que se prevalga de medios honestos, y licitos para conseguir alguna dignidad, ó empleo honorífico. Quando su verdadera, y sincera intencion sea de lograr la superioridad, y el mando para poder hacer bien al público, es tolerable, y algunas veces laudable este deseo. No hay otro fin que pueda cohonestar los deseos del ambicioso, que el de servir á la República, y el de emplear en provecho de los otros su buena voluntad, su



igienio, y saber. Pero á mí me parece un buen pensamiento aquel de Platon, quando observa ser una señal clara de que la República se halla en estado de decadencia, siempre que los hombres buenos apetezen, y desean gobernarla; porque este deseo, este apetito de los buenos, nace de ver que la gobiernan los malos, en cuyo lugar desean entrar los buenos. Por otra parte fué doctrina de Epicuro, y su escuela, que el sabio no debe mezclarse en las cosas de la República; esto es, no debe desear empleos, ni oficios en el gobierno público, porque ademas de costar mucho cuidado, hay tambien muchos peligros, y especialmente está muy próximo el de perder la tranquilidad del ánimo, que se debe buscar con toda solicitud; y es difícil cosa el hallarla, ó conservarla en medio de tantas fatigas, batallas, y contradicciones, de que abunda el oficio público, ó el Ministerio de la Corte. Pero esta máxima, aunque sea verdadera, atendidas las duras pensiones, y fatigas que trae consigo qualquier público empleo, ó Magistrado: con todo, por lo que dexamos insinuado arriba, no debe seguirse, por ser perjudicial al bien público; pues si los buenos rehusan el admitir Gobierno, ó Magistrado en la República, tocara siempre á los malos, y locos el gobernarla: lo que no se puede tolerar, como cada uno lo vé. Aun diré algo mas, que la ambicion tiene un nombre, el qual está muy desacreditado entre los hombres, y muy justamente; pero tomándola nosotros en el sentido propio, y natural suyo, esto es, por un simple deseo de honores, prefecturas, y dignidades, quando esta ambicion es moderada en sí, no solamente puede permitirse, pero aun debe desearse, que muchos en la República tengan en su corazon una porcion discreta. La fatiga, y trabajo que se pasa en los estudios, que son los medios indispensables para merecer los altos puestos, los honores, y dignidades; no son pocos, ni endebles: algun honrado estímulo se necesita para sufrirlos con paciencia. Si no nace este deseo del amor á la virtud, provenga á lo me-

menos del amor propio, que aun así puede redundar en provecho, y ventaja del público. Por tanto basta que el sabio no se fatigue, ni afane, deseando honores, y superioridades, y conozca que en su retiro, y abstraccion puede gozar una gran felicidad, y muchas veces mas segura, y permanente que la que ofrecen los Magistrados, y Gobierno de Pueblos, y Universidades. Por lo demas, si fuese llamado al gobierno público, ó porque la República le necesita para semejantes cargos, ó porque el Principe le ha nombrado, y escogido para ellos, debe mantener su empleo, acreditando su eleccion con entereza, y valor: debe sufrir con paciencia el peso, y lo espinoso del oficio, consolándose con la buena conciencia, que resulta de las buenas obras, y con los deseos de ayudar al público en su necesidad, esperando la recompensa de nuestro buen Dios. Ni jamas debe revestirse de altanería, ni dexarse llevar de la orgullosa soberbia, por verse elevado en el alto monte de su empleo; porque debe saber: *Que quando la soberbia calvalga sobre la vergiienza, el odio de los otros, va tambien á la gurupa*; ántes bien, lleno de modestia, lejos de todo vil interes, abundante en caridad christiana, discrecion, y cortesanía, á todos recibe amorosamente, trata con todos hasta los mas viles, y despreciados, vistiéndose siempre de la persona de los otros, y diciéndose á sí propio: si yo fuese este pobre miserable (y acaso podré llegar á serlo) ¿como desearia yo que me tratasen? Ciertamente que deberíamos desear todos que los que mandan fuesen buenos; pero ya que esto no se puede lograr en todo tiempo, ni ocasion, será gran virtud el obedecer, y sujetarse aun á los malos que mandan, quando no manden cosas contrarias á la Ley Santa de aquel Monarca Supremo, que es Superior de buenos, y malos. Finalmente, por mas que sea una cosa hermosa, y dulce el mandar á otros; es incomparablemente mas dulce, mas bello, mas importante, y necesario el saber mandarse, y gobernarse á sí propio. A esto mas bien que



á otro qualquier negocio debe aplicarse el hombre sabio. El que así no lo practica, el que permite que le señoreen sus desarregladas pasiones, y se dexa transportar de sus apetitos bestiales, es en sí mismo mas digno de menosprecio, y compasión, que el hombre mas despreciable, y no merece mandar á otros hombres.

## CAPITULO XXXVII.

*Del buen régimen del apetito de lo verdadero, de lo hermoso, y de los placeres.*

## §. I.

Considerado en sí mismo el apetito de lo verdadero, debemos confesar ser un don de Dios, porque mediante su influxo somos, ó podemos ser llevados al conocimiento de infinitas verdades, útiles, ó necesarias para esta vida, y juntamente para la otra: con todo es necesario abrir aquí los ojos, y estar atentos, porque este noble apetito, que podemos llamarle virtuoso, y excelente, tiene sus extremos como las virtudes; esto es, el defecto, y el exceso, por los quales puede declinar en vicio. Primeramente las verdades no son igualmente todas importantes: unas miran á los cuerpos, y la materia, otras pertenecen al ánimo, y estas son de mayor precio. Entre las que pertenecen al ánimo, las preciosísimas sobre todo son aquellas que se dirigen á constituir el ánimo moralmente virtuoso, para que viva sabiamente en esta vida, y reyne felizmente con Dios en la eterna. No hay duda que es muy bueno el aprender quantas verdades contienen las honestas artes, ó las ciencias que se enseñan en las escuelas christianas, porque todas pueden verdaderamente adornar, y ayudar al hombre. Pero con todo eso me atrevo á preguntar á alguno si se persuade, ó cree ser un grande hombre, ó un sabio de prime-

mera clase por solo haber aprendido la eloqüencia, y las lenguas, por poseer con la mayor perfeccion la mejor Física, por ser un excelente Matemático, un Político erudito, un laureado Poeta, &c.? Si él no se ha aplicado al estudio del hombre, esto es, de sí propio para gobernar bien, y cultivar su ánimo, agradando á Dios primeramente, y despues á los hombres, no lleve á mal si se le dice claramente, que con todo su saber es un pobre ignorante. Los mismos Teólogos, si no estudian aquellas altas verdades con otro fin que por alimentar sus entendimientos con discursos delicados, y solo se detienen en sutiles especulaciones, sin que su estudio les aproveche para ser buenos, y justos, se quedarán tambien en la clase de ignorantes, haciendo traicion á sí propios, y á la nobilísima ciencia que han estudiado. Es, pues, muy puesto en razon, que el apetito de lo verdadero se dirija á enseñar á vivir al hombre ántes que todo, porque este verdadero es lo que al hombre le importa mucho, y en su práctica consiste la mayor sabiduría. Razonable, y justa excusa tiene el Pueblo tosco, é ignorante, si obligado á aprender solamente aquello que es necesario para ganar su sustento, y poder vivir, se contenta con esto, y no sabe mas. Pero no por esto está libre de la obligacion estrecha de aprender la doctrina christiana, y oír la palabra divina; pues para todos, y á todos es acomodada, y patente esta escuela. ¿Pero que diremos de aquellos que se pudren en el ocio? ¿y que de los que estando siempre sobre los libros, no hacen caso de las verdades mas importantes, que hacen ser hombre al hombre, y le van acercando poco á poco á su Criador, y Dueño? Basta ya de esto, pues en el Capítulo primero hemos hablado de este mismo asunto.

## §. II.

Pero no concluye aquí nuestro argumento: preguntad á qualquiera ¿si apetece, y ama la verdad? Ninguno



no dudará en responder que sí. Pero en esta respuesta se suele callar una importante condicion, y excepción: esta es, que se desea, y ama la verdad, con tal que esta sea de mi gusto, y no me sirva de alguna incomodidad. En efecto, nuestro amor propio hace muchas veces guerra á las máximas de la naturaleza, y de la sabiduría, porque amamos las verdades que congenian con nuestro humor, pero no aquellas que se oponen á nuestra soberbia, interes, y provecho: en una palabra, aborrecemos las que son contrarias á nuestros terrenos apetitos, y esta es la causa, por la qual no se arriesgan muchos á manifestarnos, y hacernos tocar como con la mano nuestros propios defectos. Ni aun se atreven á hacerlo nuestros amigos mas fieles, no obstante que ni ellos sean de los que nos lisonjean, ni nuestra confianza les coarte al parecer la libertad de reprehender nuestras faltas: tanta es nuestra ligereza, y miseria. No es verdad cierta el que amamos la verdad, y la buscamos con sinceridad, y lisura, por mas que nos parezca, y estemos persuadidos á que la buscamos, y amamos. No se atreven los amigos á decirnos con claridad lo que sienten de nosotros, porque creen, y no se engañan, que nos resentimos, y llevamos á mal el que se descubra aquella verdad, que manifiesta nuestra mala intencion. Saben muy bien de que pie cojea nuestro amor propio, y la estimacion en que nos tenemos, y lo mucho que aborrecemos el ser tenidos por menos ingeniosos, menos prudentes, y menos provistos de otras prerogativas semejantes, que se aprecian entre los hombres. Las censuras, y verdades desapacibles, y amargas no nos desagradan, como vayan á hospedarse en casa agena, ántes bien solemos celebrarlas, y aplaudirlas; pero en nuestra propia casa rara vez son bien recibidas. Aun hay mas: amamos hasta la misma mentira, y gustamos de que nos engañen algunas veces, con tal que este engaño, esta mentira nos traiga algun placer, algun interes, ó utilidad. Por esto recogemos con ambas manos todo quan-

to es á propósito para exaltar nuestra patria, nuestra nacion, nuestra casa, ó nuestra comunidad. Todo será una pura fábula, pero no importa: no solamente no examinamos lo que se dice para ver si es, ó no subsistente; pero aun manifestamos nuestra ira contra quien intenta desengañarnos en la materia. Aquella antigüedad, aquella nobleza, aquellos héroes, aquellas acciones, &c. todos han de ser verdaderos, y no fingidos, porque así lo manda nuestro señor el amor propio. Acaso alguno no ha hecho escrúpulo de mentir, ó por la gloria de otros, ó por su propio interes, y alguna vez en las cosas de nuestra Religión: por lo demas, sean bien venidos los aduladores. ¡O! estos sí que nos dicen verdades sabrosas, y amables. Por lo menos tales nos parecen aquellas melosas, y bellas palabras, que tanto bien sueñan, y se acomodan con otros apetitos nuestros, aunque no con aquel de lo verdadero, de que ahora tratamos. La raza de los aduladores es mas dilatada de lo que algunos piensan comunmente; y aunque no los hubiese con tanta abundancia en el mundo, nosotros solos bastamos para adularnos á nosotros mismos. Cada uno de por sí puede tener este defecto, y desgracia; pero se encuentra con mas frecuencia entre los grandes, y poderosos, siendo así que debían poner sus mayores intereses en conocer las verdades. Quanto mas encumbrada es su fortuna, en tanto mayor peligro se hallan de creer que su entendimiento, y juicio propio es igual en todo á su alto nacimiento, y próspero estado; y por tanto los hallareis sujetos á una especie de delirio dulce, y á una delicadeza admirable, tanto que la pobre verdad encuentra por lo comun cerradas las puertas de sus Palacios; y si alguna vez cierta á entrar, enmudece á la vista de estos grandes señores; y si rompe á manifestarse en alguna ocasion, al punto la destierran de allí. Las puertas de estas casas están abiertas de par en par á los que por lo comun les hablan á medida de su gusto, y paladar, á los que solo saben ofrecer incienso á



sus palabras, y á sus deseos. Ciertamente que qualquiera que se determine á decirles alguna verdad, como no sepa proponerla usando de palabras de seda, como lo advirtió un Filósofo antiguo, mas presto alterará, que ganará su ánimo. Las conseqüencias deplorables, que aun para los mismos grandes señores, pero mas para los que dependen de su gobierno, trae consigo este mal, que ellos no conocen bien (digámoslo ya), este odio de la verdad, no puede ponderarse, ni referirse en pocas palabras. A mí me basta haber insinuado ligeramente esta enfermedad de los mas soberbios, é interesados animales, quales somos los hombres. Cómo deba regularse aquí el que ama la sabiduría, lo dirémos en pocas palabras.

## §. III.

PRimeramente aguza la vista quanto le es posible para entrar á registro en los escondites del amor propio. Este es aquel ladino, que se emplea en cubrir, y no dexarnos ver nuestros propios defectos. Descubiertos estos, el hombre sabio los corrige, y enmienda por sí mismo, sin tener necesidad de ojos ajenos para discernirlos. Es propiedad de los malos el notar solamente los defectos de los otros, y realzarlos, y abultarlos mas de lo justo. Al contrario es propio de los buenos, y sabios el ver sus propias faltas, y fiscalizarlas con todo cuidado, y diligencia. Mas porque este no, se fia de sí mismo, pareciéndole que no tiene todo el discernimiento necesario para conocer todas las trampas, y ardidés de su amor propio, busca consejeros honrados, y juiciosos, y jamas aduladores, dándoles plena facultad para que en ningún caso le callen lo *verdadero*. Estos pueden ser los Ministros Sagrados, directores de las conciencias, ó bien los fieles amigos, ó quando se trate de algun Príncipe, puede, y debe aconsejarse con Ministros sabios, y temerosos de Dios. A estos confía sus intenciones, y designios, sus tratos, y negocios, tanto los que pertene-

cen

cen á sí mismo, como los que tocan á otros. Y quando por mera fragilidad humana sienta en los adentros de su corazon el ver contrastados, ó reprobados sus designios, y sus deseos, con todo se mantiene con precaucion á fin de que no conozcan la tempestad interior que le agita, manteniendo siempre el rostro alegre, y la lengua inmóvil. Quando se da mal tratamiento, aunque sea una sola vez á quien trata con sinceridad, es lo mismo que mandar, le que no se atreva á decir lo que siente, y que nunca diga la verdad, aun quando se le busque, y pregunte; y este mandato se observará puntualmente por los que no quieren contiendas, y disensiones, ni les gusta el ver, y experimentar, que son mal pagadas su buena intencion, y voluntad. Por lo demas, sea el ingenio el mas feliz, sea la mas aguda, y penetrante la discrecion, sea la mayor, y mas acreditada la experiencia de quien gobierna Pueblos, y los manda; quando este creé que para el oficio no necesita consejeros, ni consejo, mire bien no sea que quiera usurpar privilegios á la Divinidad. Refiere Paulo Diácono, que Ariberto, Rey de los Longobardos, se disfrazaba por las noches, y se andaba de corrillo en corrillo, donde estaban congregados hombres, y mugeres, para escuchar lo que decia el Pueblo, así de su gobierno, como de sus Ministros. Oiria sin duda este Príncipe muchos disparates, oiria charlatanerías falsas, y acaso picantes, y agudas sátiras, que como sabio celebraría, riéndose sin llegar á enojarse; pero tambien aprenderia utilísimas verdades, que jamas entraron en su gabinete. Plutarco en el Opúsculo donde trata *del provecho que se puede sacar de los enemigos*, observó sabiamente, que puede servirnos de mucho el tener en ellos, y al rededor de nosotros unos rigurosos examinadores de nuestras acciones, porque de esta manera procuráremos evitar las acciones malas; ó si no, ellos mismos, bien lejos de adularnos, procurarán descubrir nuestros defectos, dándonos luz para evitarlos, ó enmendarlos. Por tanto, si tuviéramos juicio, y no estuviéramos tan

Tom. II.

O

em-



embebidos en nuestro amor propio, deberíamos siempre preferir nuestros enemigos á los amigos dulces, y lisonjeros. Aquellos nos dicen siempre la verdad, y estos rara, ó ninguna vez. Cierto es que á estos retoques se resiente nuestra soberbia; pero al fin (y á esto debemos atender) no hay verdad alguna que nos sea mas provechosa, que aquella que nos facilita el ser buenos, ó mejores, sabios, ó mas advertidos. Si esto es lo que nos importa, y esto debemos apeteacer, y buscar, ¿cómo podremos no amar los medios que nos llevan á este fin?

## S. IV.

**T**ambien puede ser excesivo el apetito de lo verdadero: esto á primera vista parecera acaso una paradoxa; porque siendo en sí lo verdadero una cosa buena, no deberia reputarse por exceso, ni por malo el desearlo, y buscarlo; con todo hay de hecho ciertas verdades, cuya noticia puede fácilmente ser muy dañosa al hombre, no por motivo, ú ocasion de lo verdadero, pero sí por las perversas, y desarregladas pasiones, y por la mala disposicion del que lo aprende: en una palabra, por la corrupcion de nuestra naturaleza, que sabe abusar, y abusa de otros bienes que nos da el mismo Dios. La curiosidad por sí no es vicio, ántes puede ser virtud, si solamente se dedica á buscar noticias útiles, y honestas; pero de la misma manera puede ser viciosa por el fin que nos induce á buscar estas noticias. Puede tambien pasar á vicio el demasiado cuidado de indagar vidas ajenas, sin que en esto tengamos interes alguno, ó el procurar descubrir los ocultos defectos de nuestros próximos. ¿Quien no sabe los malos efectos que produce, ó puede producir el buscar los perversos secretos de ciertos vicios bestiales, que por tanto no deben buscarse? Hasta el impúdico Ovidio se manifestaba escrupuloso en que las doncellas honestas leyesen los secretos de su arte. Hay en esto, y en otras materias de suma importancia una

ig-

ignorancia sabia, y dichosa, y una peligrosa ciencia. Pero por no ser fácil el determinar lo que es bueno, ó malo, lícito, ó ilícito en materia de saber, y no ser cosa que se puede decir en pocas palabras, ó escribir en pocas hojas, esto que es señalar los legítimos cotos de la libertad de los genios, é ingenios humanos, así por la desigualdad de sus fuerzas, como por las varias disposiciones de la voluntad, por esto no digo mas en este asunto. Solamente diré, que en el inmenso mercado de verdades que hay en el mundo, ya naturales, ya contingentes, convendrá mucho el observar quales podrán ser mas, ó menos provechosas á ciertas personas determinadas; porque unas debemos confesar que son necesarias; unas mas, otras menos útiles á la vida animal, civil, y espiritual de los mortales; otras nocivas, y peligrosas, de las que diximos arriba: otras finalmente son de ningun provecho, y de nada sirven. Ciertamente que seremos reos de un grande descuido, é imprudencia, y alguna vez deudores á Dios, si dexando las primeras, solo procuramos adquirir las últimas. Y siendo tan precioso el tiempo de nuestra vida, ¿por que lo emplearemos en necesidades, y inerías, fatigándonos estudiando mucho para aprender poco? Finalmente se halla un grave exceso de este apetito en aquellos que no contentos con aquellas verdades, que están baxo la jurisdiccion, ó dentro de la esfera de nuestros ojos, quieren, y pretenden rayar mas alto, queriendo descubrir lo que ignoran los demas, porque excede en gran manera á toda inteligencia humana. Hablo ahora de los Misterios de nuestra Religion sacrosanta, y de aquellos que quieren introducirse en el gabinete de la Providencia Divina: hablo de los que quisieran al mismo tiempo penetrar, y conocer los sucesos futuros. Lo que á estos puede fácilmente acaecer es, que en vez de hallar lo verdadero, caigan en el error, y abracen lo que es falso, creyendo que es verdadero. Para no incurrir en esta temeridad, nos advirtió el Apóstol S. Pablo, quando dixo: *Non plus sa-*

O2

pe-



*pere quam oportet sapere*; y en el Eclesiástico encontramos escrito: *altiora te ne quaeris*. Es propio de hombre sabio el buscar, y abrazar todo aquello que mas bien puede fundar, y establecer el aprecio, y estima de la Religión, y de la virtud (de lo que tenemos abundancia), y no de aquello, que si no puede en nosotros destruirse, puede por lo menos enflaquecerla, ó debilitarla. El que se introduxese á escudriñar el corazón de aquellos que andan agitados con mil afanes para saber lo que no les conviene, descubrirá ciertamente, que no los inquieta el deseo de buscar, ó encontrar la verdad, sino el de no tener freno alguno, que contenga sus apetitos desordenados, sin considerar que es misero, y desdichado todo aquel que es perverso, y que es miserable, y necio juntamente el que no teme aquel gran Dios, baxo cuyo imperio, que quieren que no, están los malos.

## §. V.

Quisiera añadir aquí dos palabras á lo que dixé tratando de la prudencia, pertenecientes á la sinceridad, que es hija del amor á la verdad, y llamamos á esta virtud veracidad. Noble, y digna del hombre sabio es tambien esta virtud, por la qual nuestra boca ya concorde con nuestro corazón. Con todo eso tiene necesidad, mas que alguna otra, de que la acompañe la prudencia, para saber quando conviene hablar, y quando no. Puede contarse la veracidad por una joya de la vida civil, con tal que se use en tiempo, y lugar; y por lo regular los negocios de esta vida se logran, y salen mejor con ella, que con la simulacion, el engaño, y la mentira; porque, como ya dixé en otra parte, el pícaro, el engañador, y el embustero, si no se descubren presto, tardan poco; y descubiertos que sean tales mercaderes, presto hacen banca rota para quien los conoce. Pero si á los buenos no les cuesta trabajo el no engañar á nadie, no les es tan fácil el no dexarse engañar de los otros,

an-

antes en esto deben poner mucha atención, y cuidado para no caer en las redes que les preparan, y arman los bribones, los charlatanes, y los que largamente prometen. Llámase esta virtud sagacidad, de la que ya hemos hablado arriba en el Capítulo XXIX. tratando de la prudencia. No falta por cierto esta raza de gente en el mundo, antes hay abundante cosecha de esta maligna casta, siendo necesario muchas veces el tratar con ella, y siempre con el rezelo, y temor de que en su boca el sí sea sí, y el no sea no. Aun peor seria si encontrásemos alguna vez con hipócritas, gente la mas detestable que mantiene la tierra: porque se pone la mas noble capa para cubrir no menos su fealdad, que la tela de engaños que va texiendo, así á los particulares, como al público. Pero al fin estos no suelen ser tantos como aquellos (aunque se va aumentando mucho el partido de los hipócritas en nuestros dias), y debe observarse, que no hay solamente hipócritas de virtud, ó devocion: los hay tambien de amistad, de honestidad, de valentía, de humildad, de liberalidad, y otras muchas especies, siendo estos mas frecuentes que los primeros, aunque no tan abominables como aquellos.

## §. VI.

POR lo que toca al apetito de lo bello, ó hermoso, hemos dicho mas adelante, que es tambien apetito propio del hombre; y considerado en sí, no debe llamarse pecaminoso, antes es laudable, y bueno. El natural instinto, ó la misma razon nos hacen amar su presencia, y vista, y muchas veces nos mueven, no solamente á encarecerlo, y amarlo, mas tambien á desearlo. Todavía por motivo del desenfreno de otros apetitos nuestros, y de nuestras pasiones indómitas, y por la corrupcion de la naturaleza humana, puede alguna vez sernos dañoso este apetito. Nosotros por lo comun vamos perdidos tras la hermosura de los cuerpos, be-

Tom. II.

O 3

llas



llas pinturas, hermosa casa, bellos jardines, hermosos muebles, bellos vestidos, hermosos rostros, &c. Puede sin duda el hombre sabio deleytarse honestamente en todas estas bellezas; pero sabiendo que son incomparablemente mas apreciables las bellezas espirituales, á estas mira mas cuidadosa, y principalmente, y elevándose sobre todo lo que es materia, encuentra en el estudio, en el descubrimiento, y en el amor de estas últimas un alimento dulcísimo, de que no gustan los entendimientos mas pesados, y oscuros. El decir, y persuadir á algunos, que en la contemplacion de los inmensos atributos de Dios, ó del admirable concierto, y Magisterio de tantas hechuras de sus manos, con las quales ha adornado este mundo, se hallan, y gustan mil indecibles bellezas, de las quales se siente arrebatado el ánimo de los buenos, y de los estudiosos, gustando de placeres, y deleytes inexplicables, seria lo mismo que hablar de la hermosura, y perfeccion de colores varios á un ciego de nacimiento. Otro emporio, ó conjunto de hermosuras se halla tambien en las ciencias, por medio de las quales se limpia, acicala, y enriquece el ánimo, ó espíritu de los hombres, limpiándolos de todo el moho, y basura del error, y de la ignorancia. El llegar al conocimiento de lo verdadero, el conseguir nuevas noticias, y verdades, el hallar las causas, las relaciones, el orden, y razon de las cosas, el saber inferir útiles, y ciertas conseqüencias, y otros muchos principios, que son efectos de la aplicacion, y reflexion de los estudiosos, que en esto emplean el tiempo, y exercitan su entendimiento, es sin duda un manantial inagotable de gustos, y delectaciones. Finalmente las verdades que al entendimiento humano adornan, y ennoblecen juntamente con las virtuosas acciones, contienen en sí tal hermosura, y belleza, que qualquier hombre de juicio se enamora de ellas; y aun el que no tiene tanto, las mira, y admira en otro. Estas sí que son bellezas inocentes, útiles, y nobles: deberíamos desear que á estas se apli-

case el hombre, y de estas se enamora; pero no teniendo muchos, ó los mas de los hombres otros ojos que los de la cabeza, que son materiales, y faltándoles los interiores de la consideracion, y reflexion, únicamente se paran en la hermosura corporea; y lo que es peor, que se dexan arrastrar tanto, y tanto se inflaman, y encienden, que caen luego en mil inquietudes, baxezas viles, y pecados abominables. Principalmente sucede esto á quien no sabe guardarse del engañoso encanto de las animadas bellezas del diverso sexo. Las inquietudes, y perturbaciones que pueden causar en el ánimo, ó parte superior del hombre un tal afecto, y mas quando incautamente suelte las riendas de la mano, acaso los ignoran los jóvenes inexpertos, y sin conducta, y yo les deseo que jamas hagan la prueba. Por lo que toca á estas, ó verdaderas, ó fingidas bellezas, vuelvo á decir, á los poco cautos, que no es propiamente la belleza material de los cuerpos animados la que conduce, ó lleva al hombre á tan diversas escenas, ya ridículas, ya funestas, como de quando en quando aparecen en el teatro del mundo: no es esta la que lo engolfá, y mantiene en el mar de aquel afecto, unas veces alegre, otras inquieto, y triste: del alma vienen disparadas las mas fuertes, y envenenadas saetas: quiero decir, que la hermosura corporal es sin duda suficiente para mover la pasion; mas para transportarla, y sacarla como fuera de sí, para hacerla que se pase á una obstinacion inextinguible, son necesarios otros ingredientes. El espíritu, el brio, la gracia, la buena disposicion, ó gentileza, el hacer que se asome á los ojos toda el alma, la melodía de la voz, las palabras melosas, y lisonjeras, alguna lagrimita derramada con oportunidad, y dulzura (*ya que las señoras mugeres rien quando pueden, y lloran quando quieren*): estas, y otras artes, de que se vale la sagacidad humana, son otras tantas ruedas maestras, que sin una gran belleza, ó hermosura corporal pueden hacer que giren al rededor las cabezas de muchos, que no saben guardarse cautelosos,



6 no conocen al enemigo. Estos, estos son los principales ladrones, que roban la quietud, y el sosiego continuamente, y tal vez enflaquecen, y disminuyen el juicio á quien tiene mucho, y saquean del todo al que tiene poco. Por mas que un cuerpo esté formado con bella simetría, tenga un colorido cambiante, vivo, y hermoso, si le falta el espíritu, la vivacidad de ingenio, la graciosidad, el garbo, &c. no podrá aquella estatua caminante prometerse muchos, ni muy fervorosos adoradores. Del frio no suele por lo comun provenir el calor. Ahora bien, toda persona de juicio debe abrir cien ojos para no caer en estas redes, y evitar estos peligros; y reputando por una como vileza el dexarse dominar de otros, debe mirar con horror todo aquello que pueda tener un fin ménos honesto. Conviene advertir ademas de lo dicho, que los amores que llaman Platónicos, la confianza en el conocimiento de su obligacion, y el respeto al decoro, y hombría de bien, son unos bellos nombres; pero los hechos no suelen ser tales, porque una pasion ciega, como justamente se pinta el amor entre personas de diverso sexo, pasa muchas veces los límites de la razon, y se desliza á la deshonestidad. Por lo demas no dexa de ser laudable comunmente el apetito á lo bello, y hermoso, quando es inocente, y no hay peligro. El órden, y la propiedad, como suele decirse, conviene al hombre sabio, y prudente; por esta razon le agradan los vestidos convenientes, y decentes á su estado, y que igualmente disten de la miseria, y desaliño, que de lo singular, y pomposo: quiere que su casa, y familia estén decentemente compuestas, y curiosas: que su mesa aparezca honestamente provista; esto es, sin luxo, y sin mezquindad demasiada: esto se entiende en el caso que no sea de aquellas personas, que determinadas á seguir otra virtud mas alta, hayan abrazado una estrecha voluntaria pobreza; bien que ni aun en el camino de la perfeccion se debe admitir una baxa, é indecente mezquindad. Dexemos á los antiguos alabar

á su Diógenes con su media cuba, ó tinaja, embriagado de una odiosa afectacion, y desatinada singularidad; pues si en nuestros tiempos hemos visto algun discipulo de aquel Filósofo, que ha querido imitarlo, mas ha sido burlado, y escarnecido, que alabado por esto. Por otras prendas se mereció esta persona justas alabanzas; pero no por esta insensata afectacion, y sucio modo de vivir.

## CAPITULO XXXVIII.

*Del buen régimen del apetito de la alabanza, de la estimacion, y de la amabilidad.*

## §. I.

**E**Ste apetito de alabanza, y estimacion propia, no es uno de aquellos apetitos primarios, y capitales, que digamos, los cuales quando se alteran, y desenfrenan, quieren señorear, y alborotar el mundo entero, y producen cada dia en él funestos, y horrendos espectáculos, como sucede en los apetitos de mandar, y ser superior á los demas, de adquirir riquezas, y saciar la sensualidad obscena de la luxuria. No obstante quando no está bien arreglado el apetito de que hablamos ahora, nos hace ver una serie copiosa de escenas ridiculas, que en lugar de estimacion, y alabanza cubren al hombre de irrision, desprecio, é ignominia. Por esto el hombre sabio no logra pequeños intereses en reconocer, y estar sobre aviso para contener los excesos de este apetito, que son mas comunes de lo que se cree, y dan ocasion á los cuerdos de que se burlen de nosotros frecuentemente quando incurrimos en excesos semejantes. Hay hombres de tal catadura, que parece que nada cuidan de su estimacion, y alabanza propia, ántes bien, como que la aborrecen, y desprecian: tomadles el pulso poco á poco. Si este desprecio, y poca estimacion de sí mismo